

El último cowboy

La ruta era pura desolación, a sus orillas se extendía una escasa vegetación de hambrientos y desnutridos arbustos. Arañas y lagartijas cruzaban el asfalto y algunas aplastadas por las cubiertas crujían como último grito de muerte. En el fondo elevadas montañas delimitaban aquel paisaje árido.

Iba camino a su casa en un pequeño pueblo el que sobrevivía gracias a su agricultura alimentada por un río cercano y la mano del hombre construyendo represas, diques y zanjas.

La radio encendida y el fuerte sol de frente evitaban que se durmiera en ese aburrido paisaje. Habla pasado una semana alejado de su hogar, visitando almacenes en pequeñas poblaciones. Viviendo en pensiones y comiendo en malolientes fondas. A pesar de todo, su trabajo de viajante le gustaba. Había elegido vivir lejos de las grandes ciudades recorriendo pequeños pueblos cada vez más pequeños y decadentes pero que conservaban el encanto de viejas gasolineras y bares congelados en el tiempo.

-Cuando me case – se prometió hace muchos años -me iré e vivir a un pueblo pequeño donde al despertarme pueda contemplar montañas multicolores y respirar aire helado.

Dobló a la derecha, era el último tramo, dos kilómetros de tierra. Una densa nube gris se levantaba en las espaldas del pequeño fiat. Comenzó a toser y a levantar los vidrios. Aquello no lo disgustó, tal vez por el recuerdo de su querida esposa y sus dos hijos que pronto vería.

Al llegar lo impresionó la soledad de aquel poblado, ningún auto circulaba y sus pequeñas veredas estaban vacías.

-Seguro que están todos viendo televisión –pensó riéndose.

Siguió camino hasta su casa, ubicada en un barrio construido recientemente, antes alquilaba un incómodo departamento en la ciudad. Observaba aquellos caños de aluminio en forma de cruz que surgía de todas las casas como pequeñas capillas.

-Este juego de ropa interior le va a encantar a Bettina- se decía mientras bajaba de su auto una pequeña caja y su maletín.

Abrió la puerta pero no encontró a nadie en el living, el televisor se escuchaba desde el dormitorio, caminó sigilosamente con aquel regalo en su espalda. En el dormitorio tampoco estaba ella. Recorrió toda la casa pero no encontró a nadie.

El enorme perro negro garrapateaba la puerta y ladraba. Al abrirle la puerta, se lanzó ansioso sobre él.

-Está bien Diablo, está bien, algo habrá para que comas- le decía mientras buscaba su alimento.

-Ya deben estar por llegar, seguro que fue a buscar los chicos al colegio- aquel pensamiento lo tranquilizó un poco.

Un baño lo renovó, estaba muy cansado. fue a su dormitorio. Dejó aquella pequeña sorpresa en la mesa de luz y encendió un cigarrillo. Ere una película romántica, pero, qué arcida a su Bettina, la protagonista. Se lo contaría cuando la viera. Las imágenes del televisor le fueron desdibujando en sus pupilas.

Cuando despertó estaba anocheciendo pero su familia no habla llegado. ..

-Mis vecinos deben saber algo- pensó y se dirigió a su casa. Tocó timbre pero nadie salió, la puerta estaba abierta, entró. Le pareció sentir la voz de su vecino en la cocina.

-Señor Jorge Macedo cuál considera que son las medidas económicas necesarias para solucionar la grave crisis.- preguntó el periodista en la pantalla a su vecino que parecía que lo estaban entrevistando.

Le impresionó ver al vecino en la televisión y la postura tal vez muy académica. Ingresó en otras casas vecinales, pero todas estaban vacías. Todas sus llamadas telefónicas fueron inútiles.

Comenzó a sentir los latidos de su corazón. Sus manos temblaban. Tomó un auto y salió de aquel pueblo fantasma. Nadie circulaba en las rutas y caminos. Se fue a la ciudad, distante a unos veinte kilómetros. Allí tampoco había nada. Preso de un fuerte temor escapó a sus soñadas montañas, lejos de aquel silencio sepulcral.

Esa noche durmió en su auto. Hacia mucho frío, amanecía, encendió el motor para hacer funcionar la calefacción, y se sirvió café que quedaba en el termo.

Recostado en su asiento recordó a los Testigos de Jehová anunciando el fin del mundo. Recordó también viejas novelas de ciencia-ficción donde flotillas de platos voladores destruían la humanidad. La angustia y el aburrimiento le pesaban mucho, encendió el televisor portátil que llevaba en el baúl.

Hacía dos días que cabalgaba por aquellas agrestes e inmensas montañas. Era el Cowboy más temido de Texas. En las laderas se extendían inmensos árboles, en el valle un lago azul lo esperaba para calmar su sed.

